

Para tener una idea de la obra

de Santo Tomás de Aquino

Difícil es pintar a Santo Tomás; difícil también hablar de él, si se quiere dar una idea completa de sus obras, de su doctrina, de su personalidad.

Ante todo ¿dónde encontrarlo? De él no nos queda ni una carta íntima en que se revele; ninguna confidencia suya en que diga algo de sí. En sus escritos jamás habla de sí mismo, no persigue sino el objeto que estudia. Los sucesos de su vida son bien poca cosa; podríamos recoger algunas anécdotas que contaron los que lo conocieron, pero, si las comparamos con él, pronto nos damos cuenta que son muy inferiores a su eminente personalidad y al lugar excelso que ocupa en la historia.

Una cosa podría notarse y es que los pintores que mejor lo han dado a conocer, ordinariamente lo han colocado en algún grupo. Así su hermano de religión, Fr. Angélico, en su fresco de S. Marcos de Florencia lo pone al pie del Crucifijo entre Santo Domingo, San Francisco, San Bernardo, San Benito y otros, con grandes manifestaciones de dolor que se oponen, al parecer, a su contemplación calmada y silenciosa. En S. María Novella y sobre todo en Pisa, los pintores tomaron la costumbre de colocarlo al centro de alguna composición grandiosa. Así el hermoso cuadro de Benozzo Gozzoli que está en el Louvre y que procede del Duomo de Pisa, es un ejemplo de lo que vamos diciendo. Santo Tomás aparece sentado en el medio, en una silla de Doctor, con sus obras sobre las rodillas, y abajo se leen estas palabras: «*Veritatem meditabitur gutur meum*» (1). «La verdad será el objeto de mis palabras». Sobre su cabeza aparece Dios hecho hombre que dice: *Bene*

(1) Prov. VIII, 7 Prolog. contra gent.

scripsisti de Me, Thoma». «Bien has escrito de Mí, Tomás». Nuestro Señor está acompañado de Moisés y S. Pablo y los cuatro Evangelistas, que representan a los escritores del Antiguo y Nuevo Testamento, que Santo Tomás tomaba siempre como tema a sus lecciones. A su lado el uno a la derecha y el otro a su izquierda, Platón y Aristóteles, los filósofos profanos y aun paganos, de que el Santo se sirvió en la exposición de la fe revelada. A sus pies, Averroes, el impío a quien combatió y refutó magistralmente. En fin, en la parte inferior del cuadro, una asamblea en que aparece el Papa, Cardenales, Obispos, Doctores de la Iglesia, Monjes de todas las Ordenes y Maestros de Universidades, a los cuales Santo Tomás inspira con su doctrina, que ha sido en todo tiempo la regla obligada y la norma señalada por la Iglesia en diversos documentos,

Así es, pues, como ha de mirarse a Santo Tomás; no aislado. Es el centro y el hombre universal en materia de doctrina. En él se junta todo lo que le precedió y se esclarece cuanto ha venido después de él; se le llama con razón: Dr. Communis-El Maestro de todos. Es preciso, pues, que, si queremos conocerlo, vayamos a buscarlo en la obra que hizo en el seno de la Iglesia y para la Iglesia.

I

Ante todo, conviene preguntarnos cómo nuestra doctrina religiosa ha llegado hasta nosotros en la forma precisa en que hoy la vemos y estudiamos, pues, Jesús nos trajo la revelación; pero no compuso un símbolo ni formó un sistema doctrinal, ni codificó sus enseñanzas. Dejó a los hombres el cuidado de poner en fórmulas esas enseñanzas y de constituirlas en dogmas a la vez distintos y ligados entre sí.

Fué lo que se hizo. Dado el Evangelio, se meditó sobre «esa buena nueva» e inmediatamente sur-

gieron cuestiones y disputas. Por ejemplo, entre otras verdades, se nos reveló que Jesucristo era Dios y hombre; pero ¿qué significa Dios y hombre? qué quiere decir eso? Se dieron variadas respuestas y con frecuencia falsas y perversas o maliciosas, que podían interpretarse torcidamente. La conciencia cristiana las rechazó acogiendo a la fe tradicional que tomó como regla y todas las concepciones que no estaban conformes con la creencia antigua, se condenaron y reprobaron por la autoridad de la Iglesia.

Pero al mismo tiempo y por la necesidad en que la Iglesia se encontraba de determinar exactamente cuáles eran sus posiciones en el asunto, poco a poco, y asistida además por el Espíritu Santo, llegó a comprender mejor la doctrina revelada, a ver claramente su alcance y sus consecuencias y a encontrar la fórmula precisa que mejor la expresaba.

Los que estuvieran a la cabeza de este doble movimiento de defensa y de progreso los llamamos Padres de la Iglesia, nombre que han merecido muy bien, y que es necesario que sepamos para agradecer cual conviene sus trabajos y fatigas.

Cuando hoy rezamos nuestros símbolos, el de los Apóstoles, el de Nicea y el de San Atanasio, cuántas veces distraídamente olvidamos o ignoramos lo que han costado, tribulaciones que han debido soportar esos héroes de la fe, cuántos destierros y a veces el martirio, con cuántos estudios, vigiliias y oraciones se han preparado para escribir, predicar o enseñar y dejarnos intacta la fe revelada y la doctrina católica.

II

En la época en que apareció Santo Tomás, esa Obra estaba ya, en gran parte terminada. Los Dogmas de la Sma. Trinidad, la Encarnación, La Redención, la Maternidad divina de la Sma. Virgen, el Pecado original,

el bautismo, la Penitencia, la Eucaristía, las sagradas Ordenes, para no nombrar sino los puntos que levantaron grandes tempestades, se habían ya discutido con gran claridad y precisión. Es decir: el conjunto estaba admirablemente trazado; faltaban muchos pormenores y también el enlace preciso de las diversas cuestiones. Estos problemas, en una palabra, habían sido estudiados separadamente en la crisis que los había suscitado; todo el esfuerzo se había concentrado en la cuestión discutida sobre la que versaba el litigio. De este modo, en cada ocasión se había visto un aspecto especial del Dogma. Se dejaba, pues, sentir una gran necesidad y se reclamaba con urgencia una síntesis de la cual se habían hecho algunos ensayos: el de S. Juan Damasceno es el más célebre de todos, como se sabe.

Hay que decir también que en los escritos de los santos Padres, juntamente con riquísimos tesoros de doctrina se encuentran pasajes largos y cansados dirigidos a los hombres de aquel tiempo, pero de interés muy secundario para la Iglesia. Sería de desear que algún espíritu penetrante y vigoroso supiese sacar de esos escritos elementos esenciales y útiles para combatir a los hombres que hoy día dirigen el movimiento antireligioso.

En los siglos XII y XIII este trabajo se hacía urgente por otra razón. Como los santos Padres con frecuencia habían considerado las cuestiones desde un punto de vista especial, entremezcladas considerables digresiones, no era raro que en la Edad Media se sacasen de sus escritos afirmaciones opuestas unas a otras, lo cual no dejó de turbar grandemente los espíritus. Uno de estos, de gran influencia y raro talento, pero que se afanaba apasionadamente en buscar y hacer resaltar las dificultades, al mismo tiempo que era apasionado por la dialéctica y la erudición sagrada, Abelardo,

había compuesto una obra titulada «*SIC ET NON*», como si dijéramos *EL SI Y EL NO*, donde en 158 cuestiones importantes de religión reunió texto de los Padres en que, sin el contexto, parecían contradecirse entre ellos. De aquí a que la razón es necesaria no hay más que un paso, es decir, se anunciaba la aurora del racionalismo. Este prurito de razonar, ya tan desarrollado, se corrobora en el siglo XIII con los grandes sistemas de filosofía profana. En el conjunto se conoce la obra de Aristóteles, la doctrina pagana, y lo que es todavía más grave, presentada por los filósofos árabes españoles, llena de la escoria del panteísmo y de ideas que naturalmente debían inquietar a la autoridad religiosa. Sin embargo era necesario para el que razonaba, teniendo en cuenta los dogmas tradicionales de la Iglesia y adhiriendo a ellos por la fe, alguna filosofía que le presentase el objeto de esta fe y le hiciese concebir como conviene el mundo y nuestro destino y todo lo que con esto se relaciona.

¿No se encontraría un hombre bastante capaz de formar con todo lo conocido un poderoso y luminoso sistema? Ya lo hemos dicho: ensayos se habían tentado, pero eran insuficientes. Para tomar en globo una materia tan enorme ¡qué infatigable tenacidad era necesaria y qué grandeza de pensamiento, qué claridad de ideas para distinguir siempre lo esencial, qué firmeza de juicio para apreciarlo todo en su justo valor! Como era preciso formar ahora, no ya una compilación o colección de sentencias como la que se tenía ¿qué cerebro sería bastante poderoso, qué cabeza bastante sólida, qué temperamento bastante fuerte? Este hombre debería conocer a fondo la Sagrada Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, la Tradición griega y latina, los Concilios con sus principales Cánones y los Decretos de los Papas; tener un sentido católico suficientemente fir-

me para guardarse de toda falsa interpretación. Sobre esto, asimilarse las enseñanzas de Platón y Aristóteles y sus Comentadores alejandrinos, judíos, o árabes, purificándolos de los errores de que adolecen y saber aprovecharse de toda la doctrina profana en lo que tiene de útil para la defensa y exposición de la fe. En seguida, organizándolo todo, partir de algunas concepciones fundamentales que sirviesen de principios, producir algo nuevo y viejo a la vez, perfectamente uno, en que cada cuestión, tratada clara y sobriamente, se colocase en su lugar en estrecha unión con las demás, que formase un todo continuo y poder encerrar así en una obra sólida, bien proporcionada y lo más breve posible, una Suma, como se decía entonces, el mejor de los esfuerzos hechos por la humanidad para abarcar en un todo las enseñanzas de Dios.

Este hombre fue Santo Tomás; todo cuanto acaba de decirse fue su obra.

III

Esta obra, tan necesaria y que con ansias ardientes se esperaba, la realizó el Angélico Doctor mejor que lo que se había pensado y de lo que se podía esperar. Veámosla, nada más que para formarnos una idea y someramente, se entiende, tal como se nos presenta en toda su madurez: la SUMA TEOLOGICA.

Una idea culminante la inspira, la ordena y unifica; la idea de Dios. En verdad, en Santo Tomás, Dios es el objeto continuo de su esfuerzo intelectual como el de su amor. Niño aún, se cuenta, que proponía esta cuestión: ¿Quién es Dios? Toda su vida fue el hombre de Dios. Y por eso el conocimiento de Dios es el principio de todos sus argumentos y de toda su síntesis.

Su plan basta para darnos una idea; recorrámoslo brevemente. En primer lugar: Dios; ¿Existe? Demostrado esto ¿cuáles son sus perfecciones? Infinitud, eternidad,

excelencia, ciencia, amor, providencia, bondad, etc. Después, la Trinidad de las Personas Divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En seguida lo que viene de Dios, las creaturas, y primero, las que son inteligencias puras: los Angeles; después aquellas en que la inteligencia está unida a un cuerpo: el hombre. En fin el gobierno de Dios sobre el mundo. Todo esto es lo que se llama: Primera Parte de la Suma.

El hombre, que somos nosotros, debe ordenar su vida; ¿es necesario que se proponga un fin? Sí, la Bienaventuranza o Felicidad. ¿En dónde encontramos nuestra Suprema Bienaventuranza? En Dios. Luego todo lo demás es camino para ir a Dios. Nuestras pasiones, que son el resorte de nuestra vida, pueden ya favorecernos, ya estorbarnos este camino. Nuestras tendencias se cristalizan en hábitos que, o son vicios que engendran el pecado, o son virtudes, que son la fuente de las buenas obras. Viene en seguida la Ley a indicarnos el camino y la gracia que sobrenaturaliza y sostiene nuestras fuerzas, haciéndolas meritorias delante de Dios. Es la primera sección de la segunda parte; *Prima Secundae*.

Después nos encontramos con un estudio muy extenso y minucioso de cada una de las virtudes teologales y morales, estudio que encierra tesoros admirables de psicología y en los que sobresalen para la piedad, los tratados de religión, devoción y oración unidos al de justicia. En fin, como término se nos presenta la perfección de la vida espiritual.

Es la segunda sección de la misma segunda parte: *Secunda secundae*.

Mas, como para llegar a ese término anhelado, hemos de usar los medios puestos por Dios a nuestra disposición, que son ante todo el Hijo de Dios hecho Hombre, Camino, Verdad y Vida de nuestras almas, hé aquí el bellissimo tratado del Salvador del Mundo, Encarnación y Redención, y de los diversos Sacramentos, con-

ductos misteriosos por los que la gracia y los méritos de Cristo descienden hasta nuestras almas. Es la Tercera parte: *Tertia Pars*. Como se ve, en toda esta inmensa Obra, se parte de Dios y se vuelve a Dios sin dejar nunca de considerarlo.

En este grandioso conjunto, las cuestiones que lo dividen, subdivididas ellas a su tiempo en artículos, se unen fuertemente las unas a las otras, condensándose hasta el máximo. Y así era preciso ya que Santo Tomás quiso ser relativamente breve, dado el objeto de que se trata: lo infinito y todo lo que con él se relaciona y existe. Por otra parte, al Santo doctor le gusta la sobriedad en la expresión; va al grano y no a la paja. Jamás acepta el más o menos, da siempre el argumento de fondo, de modo que si algo se le agregase, sería superfluo. Y todo en un latín al cual fácilmente se acostumbra el estudiante, latín que sin ser clásico, es excelente y revela un verdadero escritor por su justeza, nitidez y holgura. Con harta frecuencia sus frases son lapidarias y por ello insustituibles. Obra magna y al mismo tiempo breve, que el Santo escribió, como con suma modestia, solo comparable con su genio, lo dice, para los que querían comenzar a instruirse en la *Doctrina Católica-incipientes erudire*, y sobre todo para gloria de Dios, a quien siempre tenía en su inteligencia y en su corazón, como dicen sus biógrafos que, mientras escribía tenía el crucifijo ante sus ojos, para que fuera el inspirador de sus trabajos más que su propio genio.

IV

Su Teología, tan divina como es, podemos decir, es también muy humana. Nadie como él se ha elevado tan alto, nadie ha contemplado el misterio con mayor calma, y sin embargo, y es la segunda nota característica en su doctrina, nadie ha sido más humano, como lo vamos a ver.

Todo aquello que Dios creó, a lo menos por la parte que viene de Dios, es bueno. Razón por la cual Santo Tomás no podía seguir a aquellos filósofos que consideraban mala la materia y que obligaban a sus adeptos a purificarse, cuando la tocaban, como si se hubieran manchado. Por lo mismo, no podía admitir que nuestro cuerpo, por el solo hecho de ser material, fuera malo. De ahí que no condene siempre y necesariamente los movimientos de la sensibilidad que nacen de nuestro organismo físico y que él llama las pasiones. Ellas pueden, en verdad, ser un peligro cuando se desordenan; pero pueden también ser provechosas y de hecho son útiles, estando sujetas a la razón y sabiendo servirse de ellas.

Tampoco acepta la doctrina de aquellos doctores que antes de él y al rededor de él, pretenden, como lo hará más tarde Descartes, bajo capa de espiritualismo, que el hombre es el alma únicamente, el alma que se encuentra sin duda en un cuerpo, pero a la manera que el piloto está sobre una nave: el cuerpo y los sentidos no son más que instrumentos que es preciso usar lo menos posible. «El que quiere obrar como ángel obra como bestia», dirá Pascal, y en eso no hará más que seguir la tradición de Santo Tomás. En efecto, el Santo Doctor, siempre sabio en sus doctrinas, huye de toda exageración; sabe bien, pues siempre acude a la experiencia, que en nosotros lo físico y lo moral están íntimamente unidos y obran sin cesar el uno sobre el otro; sobre todo tiene confianza en lo que Dios ha hecho. Pues bien, Dios quiso hacernos cuerpo y alma que formen un todo, unido con unión íntima, estrecha y sustancial, esto será no un castigo sino un bien para el alma, según los designios del Creador. Lo que debemos hacer es reprimir la tendencia de la carne a dominar al espíritu, consecuencia del pecado original, y obligar a

nuestro cuerpo como siervo que permanezca sometido al alma, y establecer así en nosotros el orden que se nos ha dado por la gracia, para quedar en nuestro lugar, que es el confín de dos mundos, el de los cuerpos y el de los espíritus; conservar nuestro ser de hombres y dejarnos conducir por la luz de la fe, al orden sobrenatural, para asociarnos después a la vida Bienaventurada por la bondad de Dios.

Y porque su teología está de continuo dirigida por el pensamiento de Dios, quedando al mismo tiempo tan humana, es dominada por un optimismo sano y bienhechor. Ningún desorden en su enseñanza, ninguna mezquindad en su dirección. Su espiritualidad es de confianza; nos hace luchar, esforzarnos, quizás esforzarnos mucho, y el ideal que nos propone es muy alto; pero al fin es el mismo Dios el que nos obliga a hacer tales esfuerzos y en definitiva el que nos salva y del cual jamás podemos escaparnos, porque nos es más íntimo que nosotros mismos.

V

Uno de sus biógrafos escribe: «Cuando Tomás daba principio a sus disputas o a sus cursos escolásticos, se precipitaba tal oleada de estudiantes al rededor de su cátedra que la sala apenas daba cabida a los que acudían a escuchar sus lecciones, estimulados por la celebridad del maestro (1).

Que los cristianos ilustrados de hoy imiten a esos estudiantes de antaño, de que habla el cronista, y sepan gustar las enseñanzas de tal maestro. Sin duda es necesario valor por lo menos al principio. No se trata de una fácil lectura; pero los espíritus serios que la emprenden y saben perseverar en ella se ven copiosamen-

(1) Petrus Calco Vit. S. Thomae. Ed. Prümer. Tolos. 1911 pág 30.

te recompensados de sus esfuerzos. Varios que no eran profesionales lo han hecho así y se han vuelto mejores. Algunos le deben su conversión, otros el afianzamiento y serenidad en su fe, un tiempo débil e inquieta, todos una dilatación prodigiosa de su saber y mayor comprensión de las enseñanzas de la Iglesia y más perfecto conocimiento de Cristo, nuestro Salvador.

FR. R. MULLARD, O. P.

El culto del Sol y el de la Cruz

Este trabajo, obra del reputado americanista D. Vicente Gay, Profesor de la Universidad de Valladolid y autor del excelente estudio intitulado "En el imperio del sol", tiene particular interés para nosotros, supuesto que uno mismo fue el culto solar que profesaron los incas y que caracterizó la religión de nuestros aborígenes muiscas y chibchas, cundinamarqueses y boyacenses. La ideología incaica y la de nuestros indígenas son, respecto del mito heliaco, sustancialmente idénticas y empalman con las espléndidas tradiciones solares de Méjico. Si aquella ideología no pudo florecer en nuestro territorio con la asombrosa magnificencia artística que engrandece aún hoy al Cuzco y a Tiahuanaco, ello se debió a multitud de causas, principalmente geográficas, cuya discusión debemos aplazar por el momento.

(NOTA DE LA REDACCIÓN)

La contemplación de los monumentos viejos y de los nuevos es algo más que un entretenimiento de turista: pueden ser una lección de Historia y de Filosofía, una fuente de conocimientos sociológicos con todas sus grandes consecuencias. Si de medallas borrosas y de inscripciones arqueológicas se llega a reconstruir la Historia, del conjunto monumental del pasado y del presente, se puede